



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los Sermos. Sres. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 26 de Junio de 1864.

NÚM. 31.

SUMARIO.

Gran concierto de la Sociedad Artístico-musical, por D. Gerónimo Flores.—El panadero de Nimes, por D. Teodoro Llorente.—El puente de la Trinidad, por D. R. B.—Las patronas y los huéspedes, por D. A. Luis de Sabando.—Himno á Dios, (poesía) por D. Pedro Yago.—En un álbum, improvisacion, por D. Pedro Antonio de Alarcon.—Juan Colin: leyenda tradicional, (continuacion), por D. Dámaso Delgado Lopez.—La Canga, suplicio chino.—El ciego de los valles: novela original, por D. Maximino Carrillo de Albornóz, (continuacion).

Láminas. Valencia pintoresca: Vista del puente de la Trinidad.—La Canga, suplicio chino.—El sacristan habia avanzado y prosternándose de rodillas ante los pies de aquella muger.

GRAN CONCIERTO

DE LA SOCIEDAD ARTÍSTICO-MUSICAL.



ansados del monótono sistema de recopilar en unas cuantas columnas de nuestro semanario, los acontecimientos mas palpitantes ocurridos en la semana, nos refugiamos en el templo de Talia, pues en él hallamos motivo suficiente para interesar á nuestros lectores, haciéndonos agradable nuestra mision, pues nos presenta asuntos merecedores de toda alabanza. Justo es por lo tanto que dirijamos nuestra vista y elevemos nuestro pensamiento mas allá de los círculos vul-

gares con que nos rodean diariamente sucesos, si no iguales unos á otros, por lo menos análogos.

Nuestro aristocrático coliseo se ha visto engalanado la noche del domingo y lunes de una manera sorprendente, con motivo de las dos funciones extraordinarias con que la Sociedad Artístico-musical ha querido darse á conocer de una manera digna.

Representaos, lectores, en la imaginacion la Grecia antigua, recorred los átrios de sus templos y los pórticos de sus palacios y vereis en ellos alguna semejanza de la entrada de nuestro teatro durante las indicadas noches; los amenos y encantadores jardines que dan nombre á nuestro suelo parecian haberse trasportado á aquel recinto; arcos de mirto y caprichosos ramos de flores invadian el vestibulo exterior, en cuyo centro se elevaba una preciosa fuente de zinc, imitando al mármol, y formando un golpe de vista sorprendente.

El mundo musical estaba allí dignamente representado por los nombres del alemán Mozart, el italiano Mercadante, el francés Halewi y el español Gomis.

Elegantes transparentes cubrian los semicírculos de los tres pórticos, y en ellos se leian los siguientes letreros:

«El brillo de las artes, es la antorcha que guía á los pueblos cultos.»

«La música, como la poesia, enardece y vigoriza el sentimiento nacional.»

En el arco del centro se veia el retrato de Meyerbeer con esta inscripcion.

«Honor y respeto á los genios músicos.»

El vestibulo interior se hallaba convertido en un elegante salon de descanso con divanes de terciopelo carmesí, grandes espejos, preciosas macetas, y todo él adornado con un gusto especial.

Allí vimos los retratos de Rossini, Bellini, Donizetti y Verdi colocados en sencillos marcos, dando todo ello un carácter sério y magistoso, prueba del buen gusto que caracteriza al socio honorario Sr. Babacci.

El interior del teatro se veia perfectamente iluminado.

Las lindas jóvenes que asistieron rivalizaban con las flores que constituian el adorno exterior.

Nuestra imaginacion se estasiaba á la vista de esas niñas, que cual frágiles flores aparecian sencillas y elegantes en los palcos, buscando en sus hermanas un adorno con que hacer mas ostensible su hermosura, y como poniendo en parangon el vivo color de sus hojas con el tinte encantador de sus megillas.

Nuestra vida es escasa para admirarlas y para rendirles el homenaje á que son acreedoras.

Dejemos reposar nuestro pensamiento en este Edén, contemplándolas una por una al través de los cristales de nuestros gemelos, mientras que nos engolfamos en las agradables notas de la banda de música del regimiento de Estremadura, dirigida por el músico mayor D. Tomás Campano, que ejecutó con notable maestría un caprichoso pot-purri de varios aires de ópera italiana.

Bajo la direccion del distinguido maestro Sr. D. Leandro Ruiz, director de la orquesta de dicho teatro, se ejecutó un coro, escrito espresamente por el joven valenciano D. Joaquin Garcia.

Los Sres. Oliva Pavani y Metrowich cantaron con perfeccion el bellissimo duo de Moisés, terminando esta parte del concierto con la composicion musical *La batalla de los Castillejos*, escrita por el músico mayor del regimiento de Borbor D. Higinio Marin.

Cuando en nuestra vida encontramos jó-

venes estudiosos y que dan evidentes pruebas de amor al arte que profesan, nada más justo que tributarles las mayores alabanzas, y ofrecerles un recuerdo que premie sus desvelos.

En este caso se encuentra D. Salvador Giner, el cual logró que oyese el público su gran composición ejecutada por la orquesta y titulada *Las cuatro Estaciones*. Este distinguido compositor se conoce ha dedicado sus estudios á cultivar la ciencia del contrapunto.

Su obra, considerada como de estudio y de arte, merece un lugar al lado de las mejores composiciones, pues revela talento, y un profundo conocimiento de la música.

El Sr. Giner recibió al terminar la ejecución una magnífica corona de plata, mereciendo los honores de la escena.

La Srta. de Vicent y los Sres. Pavani y Metrowich cantaron el acto final de la *Favorita*, mereciendo la primera una gran ovación.

Esta joven fue invitada por la Sociedad y contribuyó gustosa á la realización del concierto, viéndose al final rodeada de preciosos ramos de flores.

Siguió una marcha fúnebre de Bertini á sesto, ejecutada por los profesores D. Salvador Giner, D. Juan García, D. Ramon Segarra, D. José Casaus, D. Vicente Regnan y D. Joaquin García, terminándose la segunda parte con un bellissimo mosaico sobre motivos de *Marta*, arreglado y dirigido por D. Manuel Adler, músico mayor del regimiento de Burgos.

La preciosa cántiga XIV del Rey Sábio D. Alfonso, perifraseda por el eminente compositor D. Hilarion Eslava, inauguró la tercera parte, terminando este brillante concierto con la grandiosa obertura de Meyerbeer, ejecutada por bandas de música y orquesta.

La Sociedad tuvo el feliz pensamiento de colocar el busto del insigne maestro, cubierto con un velo negro y coronado de laurel.

Esta obra ejecutada en un solo día se debe al inteligente escultor Sr. Fanchini, llegando su galantería al extremo de regalarlo á la Sociedad.

Tal es en resumen el gran concierto vocal é instrumental que ha tenido lugar en nuestra capital.

El Excmo. Sr. Capitan general y Administrador del Real Patrimonio han facilitado cuanto se les ha pedido para el mayor lucimiento de esta fiesta, así como el Escelentísimo Sr. D. José Campo y D. Pedro del Diestro, la mitad del gas invertido y cuantos útiles han sido necesarios para el decorado.

El espíritu artístico ha salido del letargo en que al parecer se encontraba, y no dudamos que con el tiempo se conseguirá sacar todo el partido posible de muchos de los jóvenes á quienes parece estarles reservado un distinguido puesto en el arte que profesan.

Esta gran sociedad está llamada á tener un porvenir de los más lisonjeros, pues el estímulo es una de las principales bases para el perfeccionamiento y desarrollo de muchos de nuestros compositores, pues no basta tener disposiciones naturales para la música, se necesita primero academias dirigidas por hábiles profesores, y espectáculos donde se escuchen los adelantos y haya emulación entre los artistas.

El Sr. D. Leonardo Calvo, joven entusiasta por la música, y que además posee muy buenos conocimientos en el arte, ha sido el que ha logrado á fuerza de su constancia y venciendo obstáculos insuperables, que renazca el entusiasmo artístico entre personas tan respetables como son las que componen la Sociedad, de la que es su digno representante en la provincia.

Le damos la más completa enhorabuena por su iniciativa, y por lo bien que ha sabido corresponder el público á ella.

Esperamos que siga consiguiendo ver reunidos á todos los más distinguidos profesores

de nuestra ciudad, para el mayor engrandecimiento de la Sociedad.

GERÓNIMO FLORES.

EL PANADERO DE NIMES.

No escasean en nuestros días los grandes hombres: tras de cada esquina encontramos un genio comprendido, ó no comprendido. Pero si, hablando con toda formalidad, resplandecen verdaderamente en el seno de las modernas sociedades esos brillantes destellos de la inteligencia y la fantasía, que nos fuerzan á la admiración de las cualidades privilegiadas con que Dios favorece á algunos afortunados mortales, en cambio parece que se ha roto el molde en que la antigüedad fundía aquellos eminentes varones, que debían el dictado de grandes hombres no tanto á las condiciones del genio como á las del carácter. ¡Cuán pocas de nuestras celebridades, dignas de admiración sin embargo por otros conceptos, pueden ponerse al lado de esas figuras severas y sencillas que inmortalizó Plutarco!

Hoy vamos á dedicar breves líneas á uno de esos personajes á la antigua, á uno de esos caracteres enteros, vigorosos y sencillos, que se van perdiendo en la molición de nuestra blanda cultura. Reboul de Nimes, el modesto poeta panadero, muerto el día 30 del último Mayo, parecía uno de los filósofos ó poetas de los buenos tiempos de la Grecia, dejado por olvido de la muerte en el seno tumultuoso de nuestra complicada y heterogénea sociedad.

Juan Reboul, hijo de un cerrajero de la ciudad de Nimes, la que más tradiciones y monumentos conserva de la cultura galo-romana, sintió brotar en su alma la sed inagotable de lo ideal y lo infinito, leyendo tras el mostrador de su panadería los libros de los poetas, desdeñados por una generación de hombres de hierro, que siguiendo las huellas del gran Emperador habían convertido toda la Europa en campo de batalla.

Dotado de un alma soñadora y religiosa, solo en el mundo, por la pronta muerte de sus dos esposas, viviendo en contacto de las gentes sencillas con quien le unía la sencillez del carácter y de los hábitos, pero en las que no encontraba quizás un eco que respondiese á las armonías interiores de su inteligencia, Reboul incubó en su alma su aspiración poética, hasta que la magnífica explosión del genio francés, que tras la aridez prosáica del Imperio produjo el movimiento literario de la Restauración, le hizo encontrar por fin, la forma de su pensamiento poético. La Musa melancólica y resignada, cristiana y realista que inspiró las primeras *Odas* y *Meditaciones* de Victor Hugo y Lamartine, fue la musa del pobre panadero. Los dos grandes poetas franceses olvidaron despues aquellas tendencias de su juventud entusiasta, y marcharon resueltos en pos del ideal humanitario que fantasean las nuevas generaciones; el modesto vate de Nimes permaneció fiel á la idea religiosa y política acariciada en su juventud.

En Francia la celebridad es obra de un día. La caprichosa veleidad que impera en París eleva en una hora á los favoritos de la moda. Los versos de Reboul apenas eran conocidos, cuando una de sus composiciones logró en 1828 fijar un instante la admiración general. *L'ange et l'enfant*, publicada por la *Quotidienne* obtuvo tal éxito, que á los pocos días la repetían todos los lábios franceses, era puesta en música en todos los tonos, dibujada, grabada, pintada, esculpida en todas partes.

Hé aquí estos sencillos, pero inspirados versos, traducidos también en muchos idiomas, y que han sido vertidos al castellano por nuestro querido amigo D. Rafael Ferrer y Bigné.

EL ANGEL Y EL NIÑO.

Un ángel bello, de radiante rostro,
A la cuna inclinábase de un niño,
Y parecía contemplar su imágen
Como en la linfa de sereno río.

«Niño bello que tanto me semejas,
El ángel le decía, ven conmigo;
Ven, seremos felices los dos juntos:
Este mísero suelo es de tí indigno.

»Jamás en él completo es el contento;
El alma sufre hasta en sus goces mismos:
Las risas del placer tienen tristeza,
Los deleites de amor tienen suspiros.

»Tu sosegada frente turbarían
El anhelo, el disgusto y el hastío;
Y con amargas lágrimas un día
Se tiñera el azur de ojos tan límpidos.

»No, no; en el campo del espacio etéreo
El vuelo tenderás ahora conmigo:
La Providencia te perdona días
Que fueran de fatiga y de camino.»

Y sacudiendo las nevadas alas
Tendió el ángel su vuelo hácia el empuero,
Buscando las moradas eternas...
¡Madre, madre infeliz, murió tu hijo!

La fama de Reboul se estendió por toda la Francia; su genio fue reconocido, y todos los hombres ilustres que pasaban por Nimes, entraban en la humilde panadería del poeta, á saludar á una de las glorias de su país. Hé aquí lo que nos dice Lamartine, que también le pagó con una visita el tributo de la admiración.

«Todo el mundo conoce el genio poético y sentimental de M. Reboul, poeta y obrero, cuyo pensamiento tiene tal carácter de antigüedad, cuya inspiración tiene tan profundo sello de nobleza. Menos conocida es su vida; yo mismo la ignoraba. Un día, pasando por Nimes, quise, antes de visitar los documentos romanos, visitar á este hermano en la poesía. Un pobre hombre á quien encontré en la calle me condujo á la puerta de un casuchon, que exhalaba el delicioso aroma del pan recién cocido. Entré; un joven en mangas de camisa, y los cabellos ligeramente empolvados de harina, en pié, tras el mostrador vendía pan á unas cuantas mugeres. Le dije mi nombre, y no se avergonzó ni se cortó; se puso la levita, y me condujo, por una escalerilla de madera, á su cuarto de estudio, que estaba sobre la tienda. La cama de su muger, una mesa-escritorio, algunos libros y unas cuantas hojas sueltas de papel, con versos comenzados, era todo lo que enriquecía aquel reducido aposento. Hablamos de nuestro comun oficio. Me leyó versos admirables y escenas de tragedias antiguas, que respiraban la viril severidad del genio latino. Se conocía que este poeta estaba empapado en las vivas tradiciones de Roma, y que su alma era como una piedra caída de los monumentos entre los cuales habrá nacido Reboul.»

No fue perdida para el vate-panadero, ni para los amantes de las letras, la visita de Lamartine. Entre las célebres *Armonías* de este inspirado poeta, hay una dedicada á Juan Reboul, y que conservaría á la posteridad su nombre, aunque se perdiesen todos sus versos. Creemos que el lector verá con gusto esta armonía, que hemos traducido con este objeto.

EL GENIO EN LA OSCURIDAD.

El que en clave sonoro
Convierte al alma, soplo fugitivo,
De los palacios menosprecia esquivo
La pompa y el decoro:
A quien, de los alcázares del cielo
Abate al mundo el vuelo,
¿Qué le importan la púrpura y el oro?

El soplo inspirador callado baja
Sobre el aprisco donde
Duerme el pastor, sobre el de mustia paja
Techo do no halla albergue la fortuna;
Baja, y un porvenir de gloria esconde
En la que baña el llanto pobre cuna.

Ved á Homero llorar, mísero infante
Sin mas bien ni cariño
Que de una esclava el seno palpitante;
Ved perdido en los campos ese niño
Que con sentidas quejas
Llora la ley que le arrancó tirana
La choza y las ovejas,
Y á quien Virgilio llamareis mañana.

Ved á Moisés: su cuna en la corriente
Flotó del Nilo, y en su herguida frente
Del Señor el espíritu fulgura,
Mientras clava ambas manos
Siervo sin dichas, en la roca dura
Que la tumba ha de ornar de sus tiranos.

Siempre la luz que al universo asombra
Brotó en el seno oscuro de la sombra,
En el fondo del mar la nacarada
Perla está sepultada;
Oculto en el peñasco el oro admiro;
Sin luz en las entrañas de la tierra
El diamante se encierra,
Y el genio se acrisola en el retiro.

Descender cada siglo renaciente
Ve, nuevo Fénix, á la gloria el hombre
Y las alas batir sobre una frente
Y posarse radiante sobre un nombre;
Y como de las fábulas del ave,
Dónde tiene su nido nadie sabe.

No estrañes, pues, que un ángel de armonía
Despierte tu anhelante fantasía.
Recuerda de Jacob la antigua historia:
A la frente del pobre peregrino
Reclinada en la piedra del camino
Descienden las visiones de la gloria.

Inútil peso de la edad sombría,
Sobre mí llueve la riqueza el oro;
Mas ¡con cuánto placer, vate, lo diera
Por gozar solo un día
La del alma perdida primavera,
Cuando eran mi tesoro
La vid pomposa y la fecunda higuera!

Si; todo el oro diera de este mundo
Por los que fulguraban dulces sueños
Del alma en lo profundo,
Cuando avanzaba la tiniebla fría,
Y en los del pobre hogar humosos leños
Mi madre roja luz arder hacia.

Quando pío brotaba el lábio incierto
La oracion entusiasta
Al terminar frugal el festin breve
Que enriquecía con su fruta el huerto,
Dando gracias á Dios, á quien le debe
El pobre el pan que para el día basta!

Lamartine y Reboul volvieron á encontrarse en la Asamblea constituyente de 1848. El pueblo, que sabe hacer justicia al mérito modesto desdeñado por la caprichosa fortuna, habia sacado al panadero de su tienda para elevarlo á las alturas de la representacion nacional. Alma generosa y elevada, corazon justiciero y desprendido, Reboul habia nacido para la república, si es cierto que de este régimen, como ha dicho Montesquieu, es el principio fundamental la virtud. Pero la república del año cuarenta y ocho no era la mas propia para satisfacer las generosas aspiraciones de un moderno espartano, como era nuestro poeta. El, que se hubiera sentado quizás con placer en los consejos de un canton suizo, donde la sencillez de las costumbres y la moderacion del carácter aseguran los goces de la libertad, vió sin duda con horroroso asombro caer el frágil edificio de los republicanos franceses, extraviados por todos los delirios del orgullo humano.

Juan Reboul volvió á su panadería, y allí le ha sorprendido la muerte. En 1857 ha-

bía publicado su último tomo de poesías, *Les Traditionelles*. Algunas de esas tragedias de que nos habla Lamartine, habian sido aplaudidas, á pesar de la severidad clásica de su forma, en los teatros de París.

¿Ha sido ingrata la Francia, con este amable poeta, dejándole sumido en la pobreza de su trabajosa vida? No nos atrevemos á lanzar esta acusacion á un país que tiene abiertos todos los caminos de la fortuna, para los obreros de la inteligencia. Ya lo hemos dicho, Reboul era uno de esos caracteres que en el día no se comprenden, y que parecen escapados de las páginas de Plutarco. Amaba la oscuridad de su retiro, y no quiso salir de él. Preciso fue que consagrarse su génio la muerte, para que sus paisanos pudieran tributarle los honores públicos que el austero vate rechazaba; la ciudad de Nimes ha costado sus exequias, triste obsequio á quien ha sido una de sus glorias.

TEODORO LLORENTE.

EL PUENTE DE LA TRINIDAD.

Pocas noticias encontramos en nuestros escritores sobre el puente de la Trinidad, llamado tambien antiguamente de los Catalanes. Escolano nada nos dice sobre su fundacion, el erudito Lop en su obra de *Murs y Valls* no lo menciona, y Esclapés fija como época de su probable construccion una fecha indudablemente equivocada.

Lo cierto es que en 16 de las kalendas de Mayo de 1344 se dió cuenta al Consejo de la ciudad de Valencia de que el rey habia concedido derecho de pontazgo á la ciudad en los puentes del rio por tiempo de seis años, debiéndose emplear las cantidades recaudadas en la construccion de los mismos y de un abrevadero para los animales.

No debia ser muy resistente la fábrica de los puentes, que sin duda eran de madera, como afirma Lop en su citada obra, cuando en 19 de las kalendas de Agosto del año siguiente 1345, por haberse arruinado el puente de los Catalanes y estar peligrosos los del Real y de los Serranos, el Consejo de la Ciudad acordó su composicion, disponiendo que contribuyesen á los gastos así los eclesiásticos como los seculares, determinacion que se puso en conocimiento del obispo.

El puente de la Trinidad seguiria probablemente siendo de madera hasta que se fabricó de piedra por los años 1404 á 1405. Indudablemente ésta fue la época de su construccion, puesto que en 27 de Noviembre de 1406 la ciudad encargó á los abogados pensionados de la misma, Micer Pedro Pastor y Micer Guillem Strader, que examinasen el espediente formado á instancias de Francisco de Tona, picapedrero, que habia construido el puente nuevo enfrente del convento de la Trinidad, contra los obreros de Muros y Valladares, sobre la cantidad que el citado Tona reclamaba en pago de las obras hechas para mejora y hermosura del mismo puente, aunque no se hallaban consignadas en la contrata.

Esta cuestion se terminó por la ciudad en 19 de Febrero de 1407, acordando que del fondo de las obras de Muros y Valladares se entregasen á Francisco de Tona 200 florines por los trabajos de la obra del puente nuevo construido delante de la puerta de los Catalanes, además del pago contratado.

El escaso tiempo de que hemos podido disponer, nos impide prolongar esta breve noticia histórica, escrita en vista de los documentos originales.

R. B.

LAS PATRONAS Y LOS HUÉSPEDES.

Hé aquí los dos antagonistas mas acérrimos que la sociedad conoce y que estoy por decir habrá conocido siempre, el pró y contra doméstico; el Anibal y Escipion de nuestros días.

Muchos son los paladines que esgrimiendo su atrevida péñola, han salido á la arena en justa defensa de los segundos, pero la victoria no obstante, la bizarría de aquellos, ha sido por nuestra comun desgracia de las primeras.

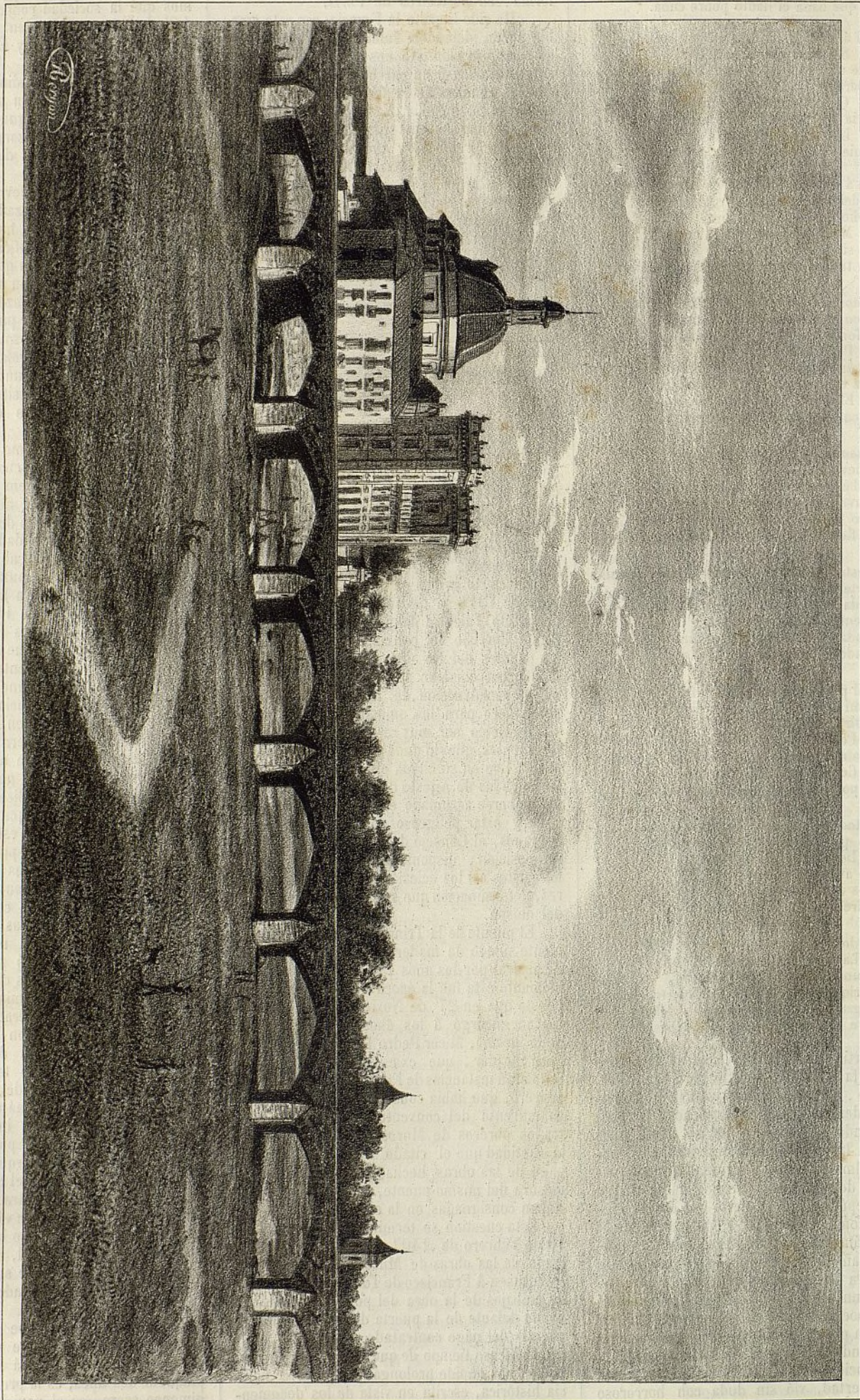
Yo, como decia Quevedo, el menor de tantos como han patentizado la horrenda tiranía de esas enfaldadas harpias, debiera sin duda renunciar á esa difícil empresa, pero es tan necesaria la cruzada que no puedo menos de empeñarme en ella con mis escasas fuerzas.

Tengo además dos razones especiales para ello, la primera que no puedo menos de negarles como ellas á nosotros la cualidad de prógimo, lo cual me revela de guardar la caridad cristiana, y la segunda porque tengo un humor cetrino, única situacion en que es fuerza que se acuerde de su patrona el huésped.

Las patronas son como el modo de enjuiciar en España, con el cual pocos ó ninguno se hallan contentos. Enemigas declaradas del gobierno representativo, nunca hay lugar con ellas á ese dulce derecho de representacion ó queja contra un abuso dado; su voluntad es el veto de la monarquía absoluta, á cuya esfera tienden; son el diputado de la minoría, cuya oposicion sistemática las mas veces, cautelosamente envuelve la idea de un contingente próximo, y liberos Dios, pobres víctimas anti-apatronadas, que ese contingente no sea satisfecho religiosamente; porque entonces sin fallo de tribunal alguno mas que el inapelable de la ancha conciencia de vuestro Ganimedes avaro, sufrireis en castigo de vuestra perentoria deuda la tercera parte de sustraccion en la comida, no de otro modo que si la patrona que es vuestro gobierno, os tuviera siempre respecto á bucólica en situacion activa; y sin embargo, en ¡cuán diferente categoría no ponen ellas el estómago mil veces! ¡Por cuántas peripecias, por cuántos trastornos no pasa éste, que es el verdadero empleado á quien se descuenta! ¿Qué otra cosa vienen á ser, esa vianda cargada de pimienta y esa racion de carne mas dura que el corazon de un avaro, ó de la misma persona que la sirve, sino un motin ó revolucion intestina que suspende los trabajos de la oficina digestiva por un tiempo determinado? Y si la causa de ésta, para ellas lucrativa cesantía, nace de la mala administracion del gobierno que representan, ya que no de una insidia reproductiva, ¿por qué no tenerse en cuenta para cuando la máquina del bolsillo del huésped no funcione? ¿Por qué no incoar, en fin, el oportuno espediente de indemnizacion? ¡Indemnizacion! Si todavia puede obtenerla el desventurado huésped, porque la patrona es su espiacion en esta vida y el camino de la gloria, por tanto, para la otra. Obtiene tambien indemnizacion, puesto que el despotismo á que ordinariamente vive sujeto le hace adoptar el matrimonio santo, el cual, sea dicho con perdón de los casados, debe ser un paraiso envidiable, tras del prolongado infierno del pupilaje.

Si, el matrimonio debe ser una lisonjera cadena, un lazo apetecible y dulce tras de la guerra civil consiguiente á tal estado. Un pupilaje de dos años, es la premisa necesaria del himeneo sacro, es el noviciado duro, pero indispensable y moralmente higiénico, para tomar el hábito de casado y llevar hasta con gozo esa cruz, de la que no penderá entonces una corona de espinas, sino una guirnalda de olorosas flores.

VALENCIA PINTOYESCA : VISTA DEL PUENTE DE LA TRINIDAD.





LA CANGA, SUPPLICIO CHINO. (Véase pág. 247.)

Vosotras, jóvenes seductoras, las que á pesar de vuestras gracias y virtudes, no encontráis la anhelada mitad que os preocupa, uníos, si ya no lo estais como parece, á esas enemigas eternas del soltero; formad asociaciones cuyos productos cedan en beneficio de ese paladion de vuestras esperanzas matrimoniales y en razon directa del mal trato que á los huéspedes prodiguen; suprimid vuestras plegarias pías todas las que las elevais al cielo para alcanzar esposo; obsequiad, visitad, rendid ovacion y adoraciones á esas mil patronas de temple adusto, y poco tiempo vestireis el para tantas enojoso, aunque casto y púdico cendal de las vírgenes.

Mas directa influencia egerce una hora de reyerta, ó un mes de estudiada apatía de la patrona, que cuantos rezos dirijais al cielo. Si acaso no os fuese dado descender á aquel terreno, ó quisieseis obtener vuestra gracia de la alta region mística y serena, no pidais directamente que se os otorgue el don de un tierno esposo, porque vuestra súplica siempre envolvería cierto deseo mundano; pedid solo, y esto basta, que el número de las patronas se aumente, que al hombre destinado en vuestros planes para marido se le salten los botones del cuello de la camisola al ponerse la corbata, ó que tenga personas á quien brindar un dia con su almuerzo y el compromiso de asistir á una tertulia ó baile del que haya de retirarse tarde; pedid que á la patrona le asalte, que sí lo hará, un pesado é inoportuno sueño; que vuestro futuro no cuente con dinero bastante para una cómoda, ó que no haya punto á propósito donde colocarla y que en la casa se haga cada tercer dia de sábado, lo cual equivaldrá á ser viernes para el huésped, ó dia de pasion y muerte para su ropa; pedid que la patrona tenga niños de tres á cuatro años y el pupilo necesidad de hacer una oposicion á una cátedra, confeccionar un drama, ó que se halle con una fuerte jaqueca y tres dias de un carnaval agitado que reclamen un pronto y natural descanso; pedid todo esto, y si lo alcanzais, lo cual es muy probable, haccos cuenta que habeis alcanzado cuan-

to deseabais; y vosotros, legisladores futuros, cualesquiera que seais los destinados á regenerar el mundo por medio de leyes prudentes y sábias, un ancho camino se os ofrece para premiar lo bueno y corregir lo malo. Si quereis proteger la moral santa, base segura del orden, necesario á la vida de los pueblos, conteniendo antes de que el tiempo pase, esa juventud corrompida y sin creencias que se precipita tras de los placeres de una vida disipada y de impureza; si quereis que el bienestar y la comun prosperidad se aumenten, aumentando la poblacion por los licitos medios que la religion impone; si quereis que las jóvenes no lloren perdidos en vano sus atractivos, las viudas su triste celibato, ni los maridos las infidelidades de sus consortes, protegéd el ramo de las patronas; de este modo hallarán las primeras su mitad apetecida, las segundas contarán de seguro con suplente y los últimos vivirán tranquilos, porque unidos todos á su muger propia, nadie codiciará la agena, siquiera no sea mas que por el temor de unas justas represalias.

Si por contrario, llevados del natural deseo de una reforma radical y humanitaria, quisierais descartar de los códigos que hoy rigen algunas penas inútiles ó aberrantes, sustituyéndolas con otras egemplares y análogas, no os olvideis de dar entrada con ellas al *pupilage*.

Hay algunas clases en la sociedad que ignoran lo que es una privacion, lo que es un disgusto; clases para las cuales en un delito dado no habria lugar á penas corporales que el oro evitaria, ni harian efecto alguno las pecuniarias mientras tuviesen aquel en abundancia. Para tales casos, pues, y otros muchos en que la cólera es ocasion de varios actos penados, seria un castigo egemplar en alto grado, cierto número de años de *pupilage* de cuota determinada. Si, si, protéjase esa clase subversiva de los ánimos tranquilos, aumentese en los términos que ya se va notando esa fraccion desnaturalizada, escogida acaso para regenerar el mando, hasta que llegue el dia, no muy lejano, en que Madrid sea

todo una casa de pupilo, ó un verdadero y prolongado martirio, del cual salgamos para el matrimonio, anhelado paraíso de los huéspedes.

No dudemos que esa multitud de casas con parche son otros tantos casos de cólera, que nos recuerdan nuestros pecados y la necesidad de abandonar una vida de extravíos y errores por otra mas arreglada y sana. Consolémonos al pensar, que si una serpiente maligna ocasionó la caída del primer hombre, esta caída fue al mismo tiempo necesaria, para que aquel y los que le sucedieron se elevarán á la altura que merecian por la Redencion que la caída fatal produjo. Muchas otras cosas se me ocurren respecto á las delicias del *pupilage*; pero como la patrona es el pensamiento del huésped, se me figura que la veo llegar á mi espalda, y sabedora de lo que ahora publico, va á poner un asedio á mi escasa felicidad doméstica y á acibarar la que fuera de casa suele el destino compasivo concederme.

No han faltado ocasiones en que se me ha *escurrido*, pues de otro modo era imposible, la idea de ofrecerla por vía de estrategia mi amorosa pasion casta, pero he desistido de mi punible intento, porque sobre acordarme que los patrones todos se embarcan y sufren náuseas, para mí siempre temibles, calculé que nuestras relaciones habrian sido una continua liquidacion del *haber* y *debe* de los otros huéspedes.

Así que y considerando que las patronas van degenerando en ura enfermedad endémica, menos tolerable que el conyugio, he decidido anunciarme por medio de este artículo como aspirante á las sabrosas nupcias, ó sea declararme en femenil subasta.

He vivido tres años de *pupilage*, uno mas del necesario para casarse: inútil es por tanto decir que sé coserme cuanto por su insignificancia no merezca pasar á las sùtiles manos de un sastre; que no me asusto de andar sin botones en las mangas de la camisola; que no duermo ni estudio sino cuando me dejan; que no pondré óbice alguno á las viandas que se

me presenten, pues la multitud de cocineras que he conocido, han hecho generalizar mi gusto y paladar á todo, y últimamente que la calma y paciencia que con esta clase de vida he adquirido, harán que sea por todos envidiado nuestro consorcio.

Si alguna de las amables lectoras á quien llegue este halagüeño anuncio, le considerase tal, columnas tiene el *Diario de Avisos* donde puede manifestar su acuerdo, pues mi proposición no pasa de ser, aunque en mas grande escala, una de tantas como allí se hacen para amas de cria ó doncellas que desean colocarse.

A. LUIS DE SABANDO.

HIMNO Á DIOS.

Salve, oh tú, escelso gérmen fecundo
De eterna vida fuente del bien,
Luz de do emana la luz del mundo,
Ser de do emana todo lo que es.
Refleja el dia en su faz tu gloria.
Grupos de estrellas son tu escabel:
Ni la esperanza ni la memoria
Tocan el término
De tu existencia, porque en tu historia
Fin ni comienzo será ni fue.

De ti tan solo leyes admite
Cuanto es y ocupa la inmensidad,
Bajo tu mano que lo permite
Corren las horas la eternidad.
Veloces pasan sobre mi frente,
Su huella marca mi pobre edad;
Tú solo midas omnipotente
Su curso rápido
Y eres el límite de su corriente
Y eres la fuente de la verdad.

Vasto es el lecho de ténue arena
Donde se agita la mar azul;
Los miles granos con que se llena
Solo los sabe tu escelsitud.
Olas sin cuento todo el recinto
Del mar conmueven con su inquietud,
Cada ola tiene de otras distinto
Su son monótono
Mas ¿quién, qué ciencia, poder ó instinto
Comprende claros sus sonos? Tú.

No hay pliegue en la conciencia, no hay eco
en el espacio,
De tu mirada oculto, perdido para tí.
La inmensidad entera te sirve de palacio,
Tu esencia no halla límites, tu edad no tiene fin.

¿Quién puebla los espacios de luz y de armonía?
¿Quién dió voz á las aves y aromas á la flor?
¿Quién dió á las cataratas esa fragor bravía
Que la grandeza canta de su inmortal Señor?

Luz no habia ni sombras en la region estensa,
Tu espíritu ocupaba la inmensidad sin fin:
Tú llenaste el espacio con la tiniebla densa,
E hiciste la luz y ésta la señaló un confin.

No hay para tí imposible. ¿Quién puede lo que
ha sido
Hacer que no haya sido? Tú, solo tú, Señor,
Tú á quien la mente humana jamás ha comprendido,
Tú, Dios, que en lo futuro habias ya existido,
Y vivirás el tiempo pasado y anterior.

Del tiempo y del espacio, las cosas y los séres,
La idea y la materia, reciben un lugar;
Tú los ocupas todos, presente en todos eres,
Tú, eres el contenido y el límite á la par.

Tú los ocupas todos, lo antiguo y lo increado,
Tú estás antes de todo, de todo estás despues,
En cuanto tendrá vida y en cuanto será innado,
Y en todo lo que ha sido y en lo que nunca fue.

Tú estás aun en aquello que ciego el hombre
mira
Sin concebirlo y llámalo por eso negacion.
Cuando el orgullo humano á comprenderte aspira
La inmensidad se opone entre su mente y Dios.

Antes que tú en las cosas, antes que tú en la
mente,
¿Qué fue? ¿Fue el tiempo, el éter, la nada, el
ser? ¿Qué fue?
Si de las horas raudas remonta la corriente
Ansioso el pensamiento, ¿de ellas en pos qué ve?

¿Qué ve? Tras de su origen va el pensamiento
en vano,
En lo insondable piérdese salida sin hallar,
Y el tiempo y el vacío salieron de tu mano
Que dá lumbré á los astros y límites al mar.

Quien osa comprenderte su abatimiento toca;
Inmensa la distancia pesando sobre él,
Su espíritu anonada, su vanidad sofoca:
Lo grande de la tierra te sirve de escabel.

Solo el que á ti te implora ve en su amargura
grave
Tu mano providente de su consuelo en pos,
Solo él te ve, él tan solo con evidencia sabe
Por qué ocultos caminos llega hasta el hombre
Dios.

Señor, perdon: mi alma con insensato anhelo
Tu origen *in initio* lanzóse á investigar:
Perdon, mi mente humilde quiero abatir al suelo:
Las obras de tu mano, Señor de tierra y cielo,
Dicen tu nombre, en ellas te quiero yo adorar.

Tuyo es el suelo en cuya faz tendida
Brotan las plantas y los brutos pacen,
Tuyos los rios á que dan la vida
Los manantiales que en las peñas nacen.

Tuyo el bosque escondido
Do las fieras sus hijos amamantan,
Y en cuyas ramas mil cuelgan su nido
Aves canoras que su asilo encantan.

Tuyo es el mar que agita sus eristales
Desde el helado Boreas
A las costas australes,
Y tuyas las enhiestas cordilleras
Que, del cielo atalaya,
En las nubes ocultan altaneras
La nieve de los Andes é Himalaya.

Tuyo es el mundo, de tu mano hechura
¿Quién como tú potente? A todo miras
Con miradas de amor desde tu altura.
¿Quién bueno como tú? Tú, Dios sin iras,
Padeces con la raza pecadora,
Y tus preciosas lágrimas
Con las lágrimas juntas del que llora.

¡Triste de tí cuyo dolor profundo
No entiende el hombre, no! Si tú quisieras
Interrumpir las leyes que á este mundo
Diste impercederas...
Si quisieras, Señor de lo creado,
Poder mudar un punto lo inmutable...!

Mas ¡ah! solo á tí es dado
No poderte faltar en tus designios
Solo tu voluntad es siempre estable,
Solo las leyes que de Dios emanan
Tienen de un Dios la fuerza irrevocable.

¿Quién vasto como tú? Todo en el mundo
Lleva tu esencia y de tu nombre sabe;
Tú resides en todo lo creado,
Tú de la noche en el silencio grave,
Tú en el remordimiento del malvado.

Tú te recoges en la fe vehemente
Del alma buena del que cree y perdona.
Tú eres la idea de entusiasmo ardiente
Que hace comprar á costa de una vida
El aura que á los mártires corona.

Tú eres la Providencia en los sucesos,
Tú eres la fe, el amor y la esperanza
Que el espíritu lanza
A otra region de glorias esplendente;
Tú eres la luz del dia,
El eco del torrente,
Lo infinito en el tiempo,
La inmensidad en la region vacía.

Tú del poeta vienes á la mente
Que cree y que presiente:
Tú das alas al génio que por cima
De una generacion cierne su vuelo,
Y arranca del abismo del olvido,
Y roba á las tinieblas del futuro,
De alguna idea el gérmen escondido
Siglos y siglos tras su vuelo oscuro.

Atraida por tí va su camino
La idea salvadora
Que muestra al hombre su mejor destino
Y allá el tiempo adelante
Cual victoriosa enseña
Lleva tras sí la humanidad triunfante.

¿Quién pudiera á despecho de la suerte,
El límite salvando de la muerte,
Seguir su vuelo peregrinal, seguro,

Y en el abismo oscuro
Del tiempo porvenir lanzar osada
La mente, en sus arcanos
Penetrar la mirada,
Leer el libro abierto de su historia,
Y en él, eterno Dios de las edades,
Tus obras presentir, cantar tu gloria!

Mas no; entonces ni ahora
Pulsar me es dado en tu loor mi lira;
Es ¡ay! para tu altar mezquina pira
La llama de mi fe, deslumbradora
Irradiando en mi pecho, y es mi canto
Indigno de besar una vez sola
Las orlas de tu manto.

La tierra, al exhalarse venturosa
En color, en aromas y armonía
So la estension azul que el nuevo dia
Colora con celages de oro y rosa,
Alza un canto mas digno: el onda brava
Que agita en ronco són orlas de nieve,
El ave que gorgoea en la espesura,
La gaya flor que crece en la llanura,
Cuanto existe y se mueve;
La tierra, el mar, el viento,
En esplendente unísono contento,
Cantan mejor la gloria de tu nombre
Que la palabra misera del hombre.

¿Qué es el pobre language que la humana
Voz puede alzar? La tierra, el mar, el viento,
A par de los querubes, en su canto,
Dicente en el espacio, «¡hosanna, hosanna!
Al Dios del mundo, al que es tres veces santo!»

PEDRO YAGO.

EN UN ALBUM.

IMPROVISACION.

(Salva la exageracion)
Huyendo de un fiero toro
He escalado tu balcon...
Hice mal, Inés... é imploro
Que escuses mi *sans façons*

Te he visto... ensueño de oro,
Luz de la imaginacion,
Imágen del bien que adoro,
Y quisiera con mi lloro
Escalar tu corazon.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

JUAN COLIN.

Leyenda tradicional.

(Continuacion.)

XI.

Catalina y Juan Colin caminaban por las galerías, llevando la primera la luz en una mano y un pequeño puñal en la otra.

La Cañizares iba delante.

Brotaba del semblante de esta muger, cierto anhelo, cierta aspiracion sangrienta, que retrataban sus ojos desmesuradamente abiertos, y su espresion de hiena.

Sin embargo, no tenia otra razon que á esto la impulsara sino el huir á país estraño para ser libre, y llevarse los tesoros del jorobado.

Juan Colin parecia haber admitido el consejo de ser prudente, que Catalina le habia dado. Caminaba silencioso, ríjido, y con la sola idea de llegar al fin de su propósito tan delirantemente ansiado; pero espantado y convulso, y con el cabello erizado y en desórden. Abre Catalina una puerta y al penetrar por ella se encuentran nuestros dos semi-fantasmas en otro lugar mas destartado y ruinoso.

Silenciosos y rápidos lo cruzan y llegan á otra segunda puerta, que empujada y abierta como la primera, les presentó á su vista una escalera de caracol, que principiaron á subir, sin reparar en los muchos escalones que se presentaban á su vista.

Un momento se detiene entonces Catalina, y aproximando la luz, mira á Juan Colin, como para asegurarse de su estado.

—Sigue, sigue por Dios, le interrumpió éste ronca, pero silenciosamente.

—Creí...

—Prudencia, Juan.

—Acabemos, casi rugió el sacristan intentando empujarla.

Siguieron subiendo en silencio, y un instante despues á un soplo de Catalina, desapareció la luz que llevaba, despues de haber colocado el viejo velon que la producía, en uno de los escalones.

En el mismo instante principiaron á oírse pequeños y continuados golpes, que se iban perdiendo en la distancia.

Los dos quedaron inmóviles por unos instantes, sin avanzar ni retroceder.

El velon había rodado por la escalera.

Entretanto silvaba el viento con todas sus fuerzas.

De vez en cuando se escuchaba algun golpe ó rumor sordo mas ó menos fuerte.

Era el derrumbamiento de alguna peña del castillo á las sacudidas del huracan.

Con todo, Juan Colin y Catalina continuaron en silencio subiendo la escalera de caracol, despues de convencidos que el ruido que el velon produjo en su caída no había sido advertido de nadie mas que de ellos.

Pasaron aun algunos momentos.

A dos pasos de la puerta, á la derecha, murmuró Catalina al oído del sacristan:

—Bien; sigue, sigue replicóle Juan Colin agonizante.

Y continuaron subiendo.

Seis escalones faltaban para llegar á su término, y divisan una luz por las rendijas de una puerta.

Catalina se detiene.

Juan Colin pasa por delante de ella, casi de un salto como lo pudiera hacer una pantera.

—Detente; le dijo aquella muger, sugetándole del escaso faldon de su almilla.

—No puedo, no quiero le respondió Juan Colin, con silenciosa desesperacion.

—Empuja repentinamente, añadióle aquella muger.

Casi al mismo tiempo se abre la puerta: salta el sacristan como un ciervo á su derecha, y al par que se escuchó el ruido de rodar una mesa, se oye un rugido, y una maldicion terrible.

Un chorro de negra sangre saltaba como un surtidor del pecho de un hombre tendido en el suelo, que se revolvía en su agonía.

Todo esto había sido en un rápido instante, que no hubiera podido apreciar la vista.

Catalina había entrado inmediatamente tras de Juan Colin, y solo pudo verle desaparecer como un relámpago, por la puerta de la otra torre.

Contempló entonces el cuerpo de Amru agonizante, y alcanzando la lámpara que alumbraba aquel lugar se fue por donde Juan Colin había penetrado.

Amru el cancerbero, el jorobado espantoso del castillo, el asesino encargado de la muerte de Doña Isabel de Solís, que con ella había salido de Granada años antes; el loco,

el furioso por un amor insensato hacía aquella muger, aquel mártir acababa de ser asesinado por el page Juanillo, por el sacristan Juan Colin.

XII.

Al ruido que produjo el asesinato del jorobado, y á la desaparicion de la luz que la Cañizares había tomado, revolotearon las aves del miedo y de las tinieblas, por la circunferencia de aquel espacio.

El sacristan sin volver la vista siquiera á quien había hundido el puñal, se había dirigido velozmente á la puerta de la segunda torre. Catalina le había seguido.

Apenas entró el primero había reparado su vista con el objeto de sus deseos.

Una muger macilenta y lívida se presenta á sus ojos con la huella en su semblante de todos los padecimientos humanos.

Un traje negro hasta el cuello, escasa ya pero muy negra cabellera, sirviendo de marco á la blancura mate de su semblante, y arrebujaada en una manta, se encuentra sentada sobre la cama.

Aquella muger inspiraba miedo, terror, preocupacion y espanto, no se podía definir si era un cadáver sentado y rijido con los ojos abiertos, ó una víctima horriblemente desesperada.

Al abrirse la puerta hizo un movimiento, incorporándose prontamente como lo pudiera hacer una figura de resortes.

El sacristan había avanzado y prosternándose de rodillas ante los piés de aquella muger.

Un asombro estúpido se había retratado en el semblante de la dama, al ver arrodillarse á aquel hombre, y la miraba sin pestañear magestuosa y terriblemente.

La Cañizares estaba algo retirada con la



El sacristan había avanzado y prosternándose de rodillas ante los piés de aquella muger.

luz en la mano, y admirando en su interior, á aquella poderosa y mártirizada víctima.

—Señora, señora mia exclamaba Juan Colin deshecho en lágrimas.

Una histérica carcajada produjo entonces aquella dama que hasta llegó á conmover el corazón de la salvaje Catalina.

—Señora, señora mia; repuso el sacristan; soy Juanillo, soy vuestro page que os salva.

La carcajada cesó entonces, y aquel esqueleto quedó inmóvil y como espantado queriendo escuchar.

—¡Ah! no me conoceis, añadió Juan Colin levantándose del suelo, y alzando la cabeza, para que bien lo mirase; vengo á salvaros.

—¡A mí! guturó la dama con un acento indefinible.

—Si, sí, á vos, añadió el sacristan con toda su alma.

—¡A mí, dices! Hace tanto tiempo quieres lo mismo á costa de mi vida; y no debo sino sonreirme.

Y otra segunda carcajada retumbó en el espacio, aun mas que el mugido del viento.

—Es preciso marchar, dijo entonces Catalina á Juan Colin; se va haciendo muy tarde.

—¡Ah! sí; venid, señora mia, venid; es forzosa la huida.

—¿Pero á donde me llevas?..

—Conocedme, por Dios, y venid; soy Juanillo; soy vuestro page, el recogido y amparado en vuestra casa de Martos...

A cada una de estas palabras, una contraccion nerviosa señalaba el semblante de la dama, y parecía principiar á hacer esfuerzos por poner en el que le hablaba toda su atencion.

Juan Colin continuó al notar lo con mas entusiasmo.

—Si, sí, me conoceréis; me lo dice el corazón, y Dios que hasta este momento me ha ayudado y prestado sus fuerzas. Es preciso marcharnos: Amru acaba de espirar, y ya no teneis á nadie á quien temer.

Un empuje evidente recibió entonces de aquella infeliz, que parecía exánime, el mal aventurado sacristan; al par que gritaba ronca por la desesperacion mas terrible.

—¡Amru! siempre Amru, ¡Maldito!.. ¡Maldito! ¡Maldito!

—¡Está loca! ¡loca! esto es horrible, gritó casi á la par aquel pobre en el estado de la desesperacion.

—Te espero allá abajo volvió á decirle la Cañizares.

—Bien.

—Lo prepararé todo entretanto.

—Sí, bien.

—No olvides que nos quedan pocas horas de la noche.

Catalina salió entonces.

La puerta golpeó fuertemente á impulso del viento produciendo un gran ruido.

Otro ruido casi simultáneo, pero mas grande, mas prolongado, mas terrible, se sintió en la otra torre donde la Cañizares había acabado de entrar.

(Se continuará.)

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

LA CANGA, SUPPLICIO CHINO.

En pocas descripciones de las costumbres del celeste imperio deja de figurar la palabra *Canga*, pronunciacion á que los europeos han reducido la expresion original *teha*, castigo de los mas frecuentes, é ingeniosamente duros, que en aquel pais suelen imponerse á los criminales.

Publicamos en este número un grabado que representa la ejecucion de dicho suplicio, y los siguientes datos que contribuyen á su aclaracion.

Consiste la *Canga* en dos piezas ó tablas de madera, con una escotadura semicircular, que uniéndose paralelamente, da paso al cuello del criminal, y hace que el peso de aquella venga á gravitar sobre sus hombros. Dos agujeros igualmente practicados en los extremos de esta tabla retienen asimismo las manos é impiden que estas puedan facilitar el menor auxilio á la dolorida cabeza, completamente aislada en lo exterior del resto del cuerpo. El sello del mandarin impuesto en las estrecha-

mente unidas juntas de las tablas impide que la compasión pueda ofrecer ningún alivio al paciente, y al propio tiempo hace pública la sentencia, pues por lo general va escrito su testamento en la ancha faja del papel que contiene el sello.

El peso de las dos tablas unidas varía desde 60 á 200 libras, según la gravedad del delito, y la sentencia al designar el peso de la Canga y manera de sufrirla, determina también el tiempo que ha de durar su aplicación, que por lo general ni baja de un mes, ni puede sufrirse sin interrupción por más de cuatro.

El infeliz condenado á este prolongado tormento, sale todas las mañanas de la prisión arrastrando una cadena, cuya estrechidad es llevada por un esbirro armado de un látigo como si llevara una caballería por el ramal. En esa aflictiva situación es paseado por las plazas públicas y los paseos, espuesto á los insultos de los mas y á las demostraciones de caridad de otros, pues hay que advertir que es condición del suplicio, el que, quien lo padezca, no pueda vivir sino á espensas de esa santa virtud.

Como sus manos, ya por la extensión de la Canga, ya por estar metidas en los agujeros de las estrechidades, de ningún modo pueden acercarse á la boca, no le es posible comer, sino lo que ajenas manos introducen en ella, y de aquí resulta un nuevo y no menos terrible padecimiento, que es el tener la existencia pendiente de ajena voluntad.

Su lamentable situación mueve alguna vez á piedad, hasta las duras entrañas del esbirro que lo conduce, y que le permite en sus paseos diarios afianzar unos breves momentos el peso de la Canga en alguna esquina ó tronco de árbol.

La inexorable crueldad de los Calígulas y Dioclecianos, no discurrió seguramente un medio mas atrozmente ingenioso de prolongar una existencia graduando el tormento á placer del verdugo.

¿Se podrá creer que hay desalmados que bajo el peso de esa tabla espasmodica se pasean con el rostro cínicamente sereno y hasta con desenvoltura? Así nos lo asegura un amigo que ha tenido ocasión de verlos y de concurrir, como era de esperar, al acto de caridad, de poner sobre la Canga algunas monedas.

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

POR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuación.)

—Dentro de media hora tengo que estar en casa del Duque de... y por lo tanto solo podemos disponer de veinte minutos.

—¿Y por qué no ha de esperar ese señor duque? Para comer con un amigo, cualquier día es á propósito, señor marqués.

—Me parece que habla V. con cierta ironía...

—Pudiera ser que sí.

—¡Caballero!

El marqués se había levantado nuevamente lleno de orgullo y de coraje.

—¡Ea, basta! exclamó; si quiere V. hablar de negocios, puede dirigirse á otra persona. Por mi parte creo que hemos concluido.

—Pero no por la mía, contestó el joven levantándose.



JESUSALEN. — CASA DE LA VERÓNICA EN LA VIA DOLOROSA.

Mas como viese que su interlocutor trataba de apoderarse del tirador de una campanilla, se adelantó, cojióle de un brazo y haciéndole sentar de nuevo con una fuerza indomable, le dijo:

—Marqués de Cantolagua! el que tienes delante no es inferior á ti: ¿sabes con quién hablas? ¿sabes que en vez de Luis Henares, mi nombre de pila no es otro que el de Augusto Francisco de Ulloa y de Guzman, vizconde del Pino y heredero de los legítimos marqueses de Cantolagua?

—¿Quién? ¡tú... tú!...

—¡Sí, sí, asesino de mi padre!

Un rayo que hubiese caído á los piés del hombre orgulloso á quien se dirigian estas palabras, no hubiera causado en él un efecto mas grande ni mas aterrador. El infeliz juntó sus manos, miró al joven lleno de estupor y de espanto, y en vano procuró articular algunas palabras para defenderse de aquel golpe tan rudo como inesperado.

—¡Mientes! ¡mientes! barbotó con entrecortado acento.

—Siéntate y oye mi historia, tornó á decir el joven con soberano desprecio. Escucha mi historia, en la que irá envuelta una gran parte de la tuya.

Y despues de una breve pausa, continuó de este modo:

—Hace mas de veinte años que mi padre se enamoró de cierta joven perteneciente á una honrada familia, que tenia la desgracia de no poseer títulos de nobleza. Mis abuelos, oriundos de una de las casas mas ilustres de España, se obstinaron en casar á mi padre, que entonces tendria mi edad, con una dama de la reina y persona de muy encumbrada posición. Mi padre se casó con su amada en secreto é incurrió por lo tanto en el desagrado de sus amigos, deudos y parientes. El rey se enfadó también y decretó el destierro de mi padre. La pobre madre mia quedó en cinta, sola y desconsolada, y murió al darme á luz.

—¿Y á qué viene todo eso?

—Espera; he dicho que el autor de mis dias habia sido espulsado de la corte. Una vez recibió carta de un amigo en la cual se le hacia sabedor de la muerte de su muy amada esposa. En aquel escrito se olvidaron de indicar mi existencia, y mi padre desesperado y lleno de dolor, se embarcó para el nuevo mundo, proponiéndose no volver á Europa. En vano le suplicaron que viniese á España. Mi padre permaneció quince años en América.

—Prosigue V., caballero.

—Voy á continuar. Yo habia quedado á merced de mis abuelos maternos, que á costa de grandes sacrificios quisieron y lograron darme una esmerada educación. Muchas veces habian procurado escribir, indagar por todos los medios posibles el paradero del esposo de su hija. Mi padre habia acabado de existir ó no habia tenido residencia fija en ningún punto del globo. Nadie nos daba noticias de él.

—Adelante.

—Pero hace siete años, ¡oh! siete años hace que llegó á mis manos una carta que hizo palpar mis entrañas antes que yo la pudiese leer. Estaba fechada en Manila y era de mi padre. Entonces habian ya fallecido todos mis abuelos y la mayor parte de mis parientes, por lo cual me hallaba pobre y abandonado; habia sufrido mucho á pesar de mi corta edad, y solo una carta como la que acababa de recibir podia volverme la esperanza y la dicha. Mi padre se habia hecho rico derramando el sudor de su frente,

poniendo en acción los tesoros de su inteligencia y laboriosidad, y en el mismo instante de saber que tenia un hijo, me escribió aquella carta participándome su vuelta á España, que se verificaria tan pronto como pudiese reducir á letras y dinero el capital que poseia.

El joven dejó de hablar por un instante para tomar aliento, interin el finjado marqués le dirijia torvas y sañudas miradas. Si hubiera tenido un puñal á mano, de seguro se hubiera arrojado sobre su interlocutor.

Este prosiguió así:

—Al cabo de algunos meses recibí con el mayor júbilo una segunda carta procedente de París; luego vino otra de Bayona y con ella una letra de veinte mil reales. Mi padre me ordenaba que saliese á esperarle hasta Búrgos. ¡Ah! ¿para qué decir que yo estaba loco de contento? ¿para qué explicar á un hombre que carece de corazón lo que pasaba en el mio, sin embargo de que entonces solo tenia yo quince años?

—Vamos, ¿acabarás? exclamó el supuesto marqués rechinando los dientes y juntando sus manos crispadas y descoloridas.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.